

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

SEMINARIO DEL GRUPO DE FILOSOFÍA DEL DOLOR

“El paisaje de sus sueños” Un antropólogo en Marte de Oliver Sacks

Mónica Paola Quemba Mesa

Oliver Sacks en el capítulo *“El paisaje de sus sueños”* relata las prodigiosas capacidades del pintor Franco Magnani, analiza cómo estas se pueden en cierta medida relacionar con actividades epilépticas en los lóbulos temporales y otras posibles explicaciones médicas, en el contexto en que resalta que su prodigiosa capacidad entrelaza una memoria inigualable con un ejercicio del recuerdo, que pretende reconstruir su pueblo Pontito, a la vez que re-vive sus experiencias felices y entrañables de la infancia, como un proyecto de vida que para él representa su trascendencia en la tierra, su razón y su forma de vivir. A continuación, se muestra un resumen de los apartados más destacados de este capítulo.

Sacks conoció a Franco Magnani en el verano de 1988, en San Francisco, donde se celebraba un simposio y una exposición sobre la memoria. La exposición incluía cincuenta cuadros y dibujos suyos, todos ellos de Pontito, la pequeña colina toscana donde nació, pero que no había visto desde hacía más de treinta años. Franco era anunciado como **«un artista de la memoria»**, poseía una memoria prodigiosa que podía reproducir con una exactitud casi fotográfica todos los edificios, todas las calles, todas las piedras de Pontito, de lejos, de cerca, desde cualquier ángulo posible. Era como si él retuviera en su cabeza un modelo tridimensional infinitamente detallado de su pueblo para reproducirlo sobre el lienzo con total fidelidad. Aquello, no era una exhibición de memoria «pura», sino de una memoria dirigida a un único y obsesivo tema: **el recuerdo del pueblo de su infancia, era un ejercicio de nostalgia, una compulsión y un arte.**

Era alto y delgado, daba un aire de vitalidad, tenía 54 años pero parecía mucho más joven; su casa parecía un museo o archivo, totalmente dedicado al recuerdo y a la reproducción de Pontito; cada cuadro llamaba despertaba un recuerdo relacionado con su infancia, **con Pontito y las experiencias que tuvo allí de pequeño**; revelaba una forma de obsesión que lo llevaba a pensar en Pontito día y noche, hasta la exclusión de cualquier otro pensamiento, daba la impresión de que sus recuerdos se apoderaban de él con una fuerza desmesurada e irresistible.

Cuando estaba solo, dijo, el parloteo y la algarabía de sus recuerdos se apagaban, y obtenía una impresión serena de Pontito, suspendido en un «antaoño» intemporal. No era sólo su inmensa memoria o su obsesión lo determinante, sino algo mucho más profundo: los aldeanos casi formaban una única gran familia pues todos estaban emparentados y su vida transcurría tranquila y serena, hasta que estalló la guerra, donde el padre de Franco murió en un accidente, después entraron los nazis, que se apoderaron del pueblo y expulsaron a sus habitantes; muchas casas y los campos estaban destrozados, el antiguo sistema de vida se había alterado, desde entonces dejó de ser económicamente autosuficiente, y los jóvenes, hombres y mujeres, tuvieron que emigrar. Todos los cuadros de Franco representan al Pontito anterior, sus recuerdos de su infancia antes de estos sufrimientos y la ruina del pueblo.

A los 12 años dejó su pueblo para ir a la escuela, se preparó como ebanista; él se destacaba por su memoria «fotográfica», era capaz de recordar (y sumar) largas listas de cifras de un solo vistazo. Fue

lejos de su hogar cuando comenzó a experimentar otro tipo de memoria: imágenes que surgían repentinamente en su cabeza, imágenes de gran resonancia e intensidad personal, que le provocaban un intenso dolor o placer, eran involuntarias y repentinas, eran autobiográficas al llevar escenas retrospectivas de su vida, pues echaba de menos Pontito desesperadamente. Tuvo que emigrar a San Francisco para ganarse la vida como cocinero a los 31 años, para él esta decisión fue dolorosa al suponer una separación de su país, su idioma, su pueblo, su familia, sus costumbres; esa decisión se acompañó de una extraña enfermedad, que le llevó a un sanatorio.

Se presentó una crisis de miedo con fiebre alta, pérdida de peso, delirio, quizá convulsiones; hubo indicios de tuberculosis, de psicosis, de alguna enfermedad neurológica. Nunca llegó a resolverse qué había ocurrido; en el momento más grave de su enfermedad, con el cerebro quizá estimulado por la excitación y la fiebre, Franco comenzó a tener, todas las noches, unos vividos y obsesivos sueños con Pontito y todo lo que vivió allí, sueños realistas hasta el mínimo detalle, acompañados de una intensa y extraña excitación, de esa sensación de que algo estaba a punto de ocurrir, de nostalgia agri dulce, insaciable y anhelante.

¿En el hospital, con todas aquellas imágenes en su conciencia y su voluntad, se apoderó de él la sensación de que estaba siendo «llamado», como si una parte escindida de él buscaba ofrecer en forma de recuerdos o fantasías lo que había cercenado de sí misma, aquello a lo que ya no podía volver en la realidad? ¿Evocaba aquellos sueños, aquellas imágenes de la memoria, en respuesta a una necesidad emocional profunda? Franco tomó en consideración todas las explicaciones de tipo «médico», pero las rechazó por explicaciones más espirituales: **Le había sido otorgado un don, un destino, y era su deber obedecerlo, no cuestionarlo.**

En aquellas primeras noches de crisis, le venían imágenes de la casa donde había nacido, imágenes de una belleza extrema, aunque con un aspecto también amenazante; sobre estas pintó su primer cuadro, él se quedó asombrado por ser capaz de pintar de esa nueva y maravillosa manera. Antes Franco hablaba de todo, años después parecía poseído en las visiones de Pontito y no hablaba de otra cosa; sus cuadros comenzaron en este período de crisis. Estaba en el hospital, a punto de sufrir un colapso nervioso, y los cuadros parecieron ser una especie de solución, de cura.

Él recuerda escenas, las representa, las revive; las visiones de Pontito son emocionalmente abrumadoras, pero de una cualidad minuciosa y tridimensional que compara a holografías; sus cuadros comienzan con flash de la memoria, cuando una escena concreta se introduce de pronto en su cabeza; puede explorar la zona y “verla” en varias direcciones; vista, oído, tacto, olfato, a veces son casi inseparables para Franco, y lo que le llega es como las complejas y cenestésicas experiencias de su infancia: «la percepción instantánea de situaciones totales»; cuando está dominado por las visiones sus ojos se ven desorbitados, sus pupilas dilatadas, su atención extática, como si tuviera algún tipo de ataque psíquico.

John Hughlings los describe como poderosas alucinaciones, el flujo de «reminiscencias» involuntarias, como un estado de ensoñación, asociados a actividades epilépticas en los lóbulos temporales, descrito más adelante como síndrome de personalidad intercítica, identificado por ejemplo en Van Gogh, quien no sólo sufría ataques de lóbulo temporal, sino un cambio característico en su personalidad cuando éstos le sobrevenían, que se fue intensificando gradualmente con la edad. En estos pacientes se observaba una extraordinaria productividad (redacción de autobiografías, el dibujo obsesivo, entre otros) y una sensación general de iluminación «misión» y

«destino». Stephen Waxman lo describieron como una «hiperconexión» entre las áreas sensoriales y emocionales del cerebro, resultando en percepciones, recuerdos e imágenes acentuadas y de gran carga emocional; los cambios que generan no podían considerarse ni negativos ni positivos en sí mismos; lo que importaba era el papel que jugaban en la vida de una persona, y ése podía ser creativo o destructor, favorecer u obstaculizar la adaptación.

En este tipo de pacientes Hughlings Jackson habla de la «duplicación de la conciencia» que suele tener lugar en dichos ataques. Y así ocurre con Franco: cuando es poseído por una visión, uno de esos sueños despierto, se ve transportado, la visión de Pontito, del pasado, compite con el aquí y ahora, y en ocasiones puede arrollarlo completamente, hasta el punto de dejarle desorientado. Franco funciona, vive, trabaja en el San Francisco de hoy en día, pero una gran parte de él —quizá la mayor parte— vive en el pasado, en Pontito. Y con esta acentuación e intensificación de la vida en el pasado ha llegado a cierto empobrecimiento y depreciación de la vida aquí y ahora. Franco apenas sale, apenas viaja, no va al cine ni al teatro; tiene pocas distracciones o aficiones aparte de su arte; antes contaba con muchos amigos, pero los ha perdido a casi todos de tanto hablar interminablemente de Pontito.

Sin embargo, sería empobrecedor y absurdo suponer que la epilepsia de lóbulo temporal, los ataques de «reminiscencia», aun cuando constituyan el impulso definitivo de las visiones de Franco, puedan ser los únicos determinantes de sus recuerdos y su arte. Su carácter, el apego a su madre, su tendencia a la idealización y la nostalgia; la historia real de su vida, incluyendo la súbita pérdida del paraíso de su infancia y de su padre; y, no menos importante, el deseo de conocer, de alcanzar, de representar toda una cultura; todo ello, seguramente, es de igual importancia.

Por una singular casualidad, en Franco parecía haberse dado la concurrencia de una aguda necesidad y un estado fisiológico. Pues si su sensación de exilio, pérdida y nostalgia exigían una suerte de mundo, una sustitución del mundo real que había perdido, sus ataques experienciales ahora le proporcionaban lo que necesitaba, un infinito abastecimiento de imágenes del pasado, o, mejor dicho, un «modelo» casi infinitamente detallado, tridimensional, de Pontito. Para Franco, la reminiscencia aumentaba en intensidad y volumen, de modo que, a partir de ese momento, nunca volvió a ser realmente «normal».

Los horrores de la guerra afectaron a Franco y a su madre, y él le prometió a ella “Reconstruiré Pontito para ti”, cuando pintó su primer cuadro lo envió a su madre. Él le enviaba copias de todos sus cuadros y cuando murió, en 1972, él quedó desolado, dejó de pintar por 9 meses, sintió que era el fin de su arte; luego sintió la apremiante necesidad de encontrar otra mujer, Ruth, su futura esposa quien reemplazó a su madre, entonces Franco volvió a pintar.

Franco sentía temor de regresar a Pontito; una vez que vio fotografías de su pueblo le horrorizó ver su deterioro; a pesar de que él pensaba en Pontito constantemente y lo representaba como algo infinitamente deseable, sin embargo, sentía una profunda renuencia a regresar. Él se consideraba como la única persona que recuerda un mundo ya perdido para siempre, lo cual le impulsa un sentimiento y una motivación que trasciende lo personal; por una necesidad cultural de recordar el pasado, de conservar su significado, o de darle un nuevo significado en un mundo que lo ha olvidado. La obra de Franco es un tipo de arte del exiliado, pues Pontito es el telón de todos sus pensamientos, desde los recuerdos más personales y cotidianos hasta el centro de la lucha cósmica entre las eternas fuerzas del bien y del mal.

En 1989 Sacks conoció Pontito, el pueblo le pareció a la vez extraordinariamente parecido y totalmente distinto, más pequeño de lo que uno pensaría a partir de los cuadros; esto obedece a que Franco pinta lo que vio el ojo de un niño, y para un niño todo es más alto y más amplio; él reexperimenta a Pontito exactamente tal como lo experimentaba de niño. Este tipo de situaciones son denominadas por Penfield como «ataques experienciales», son reminiscencias que permanecen constante; afirma que la memoria constituye un continuo y completo inventario de la experiencia de la vida, y que un segmento de ella es evocado e interpretado convulsiva e involuntariamente durante los ataques.

La idea de la memoria como inventario o almacén es tan familiar, sin embargo, todos hemos tenido la experiencia opuesta, la de los recuerdos «normales» que no son fijos en absoluto, sino cambiantes al modificarse cada vez que pensamos. Nunca dos testigos contarán la misma historia, y no hay ningún recuerdo que permanezca inalterable, pues estos cambian a cada repetición. Sin embargo, hay formas extraordinarias o patológicas de memoria que escapan a esta descripción; qué decir de los recuerdos traumáticos que parecen reiterarse insoportablemente, sin cambiar un solo detalle (la repetición-compulsión de Freud) por años o décadas después del trauma; en este ejemplo actúan inmensos poderes de reproducción, y la reconstrucción es mucho menos importante, tal como ocurre con los recuerdos de Franco. Es posible entonces que tengamos que acudir a ambos tipos de conceptos, pues en la obra de Franco, por nítido y fijo que sea el original, siempre existe cierta reconstrucción, especialmente en sus cuadros más personales.

El Pontito de Franco es minuciosamente exacto, hasta el menor detalle, y sin embargo es también sereno e idílico; él cree que Pontito es especial ante los ojos de Dios y debe preservarse de la destrucción y la corrupción. También es especial por encarnar una preciada cultura: una manera de construir, una manera de vivir, que casi se ha desvanecido de la tierra. Él considera que tiene la misión de conservarla, de conservar Pontito exactamente como era, por encima de todas las vicisitudes y contingencias. Cuando Franco se levanta cada mañana, sabe lo que tiene que hacer. Tiene su tarea, su misión: recordar, consagrar su memoria a Pontito; hasta entonces su vida había poseído una extraña suerte de estabilidad: vivía, comía, funcionaba —de una manera un tanto distraída— en el presente, pero con su mente y su arte constantemente fijos en el pasado.

En 1987 su esposa enferma de cáncer y muere, él queda sin saber qué hacer, y decide regresar a Pontito; lo que le causa temor pues equipara su regreso con el final de sus recuerdos, de su identidad, el final de su singular reminiscencia y de su arte. Al llegar, por unos momentos saboreó la sensación de estar reviviendo las escenas de su memoria, y a continuación tuvo una sensación de dolorosa pérdida: «Echaba de menos las gallinas, el sonido de las herraduras de los burros. Era como un sueño. Todo el mundo se había ido. En su interior creció la impresión de que Pontito estaba, de hecho, muerto, y de que él mismo era un espíritu que regresaba a una ciudad fantasma».

Pero entonces, al salir el sol, la absoluta belleza de la escena le hizo contener el aliento: «No puedo creerlo, es tan hermoso»; comenzó a pensar de nuevo que Pontito era real, la realidad de su «regreso a casa» comenzó a imponerse en su interior, y por primera vez durante su visita Franco comenzó a alegrarse; los aldeanos, muchos de ellos parientes suyos, le saludaban emocionados, estaban orgullosos de él, y comenzó a sentirse como el hijo pródigo, pues cuando era niño, en Pontito, pensaba: Un día creceré. Haré algo, seré alguien, por mi madre. Cuando murió mi padre,

no tenía zapatos, todos estaban rotos. Yo me avergonzaba. Nos despreciaban.» Su fantasía infantil se estaba convirtiendo en realidad.

Ellos no podían recordar el pasado del mismo modo que él, Franco, por tanto, sería su archivo, su memoria, el alcalde construiría una galería de arte para que la gente vuelva al pueblo. En apariencia, regresar a Pontito no fue una experiencia tan intensa como había esperado, fue al marcharse cuando realmente sintió el impacto. De vuelta en San Francisco, entró en una crisis. Primero, le sobrevino una abrumadora confusión perceptiva: le parecía ver dos imágenes de Pontito proyectándose simultáneamente en su cabeza, y la más reciente, la nueva, tendía a ocultar la vieja. No podía hacer nada para detener este conflicto de percepciones, y cuando intentaba pintar Pontito se encontraba con que ya no sabía qué hacer: «Me siento confuso. Veo dos imágenes al mismo tiempo»; le costó diez días recuperar el Pontito de siempre, tardó un mes en volver a dibujar Pontito.

En 1991 regreso por segunda vez a Pontito en compañía de Sacks; él reconoce las gentes y los lugares, se molesta al ver los cambios y la maleza, la cual arranca en poderosas brazadas. Franco tiene una memoria épica, pero lo trivial y lo significativo, lo personal y lo mítico, se mezclan indiscriminadamente. Se queda en Pontito tres semanas, las cuales parece que lo renovaron, pues ha estado incesantemente activo desde su regreso. Su garaje-estudio está rebosante de vida, sus «nuevos» cuadros no son realmente nuevos; puede que añada algo nuevo aquí y allá (una verja, una puerta, quizá un nuevo árbol). Su proyecto, en un sentido fundamental, sigue inmutable.

Franco reflexionaba sobre sus visitas de regreso a Pontito, decía que a veces desearía no haber regresado nunca, pues la fantasía y la memoria para él era lo más hermoso, pues el arte es como soñar. Ver la realidad actual de Pontito fue algo muy perturbador para Franco, aunque consiguió recuperarse del descalabro que le provocó. Pero eso intensificó su sensación de que el Pontito actual constituye una amenaza a su propia visión, y le enseñó que debe limitar sus posibles futuras visitas. Ha recibido muchas invitaciones tras sus dos visitas, pero no ha regresado, ni siquiera para la exposición de su propia obra en las calles de Pontito.

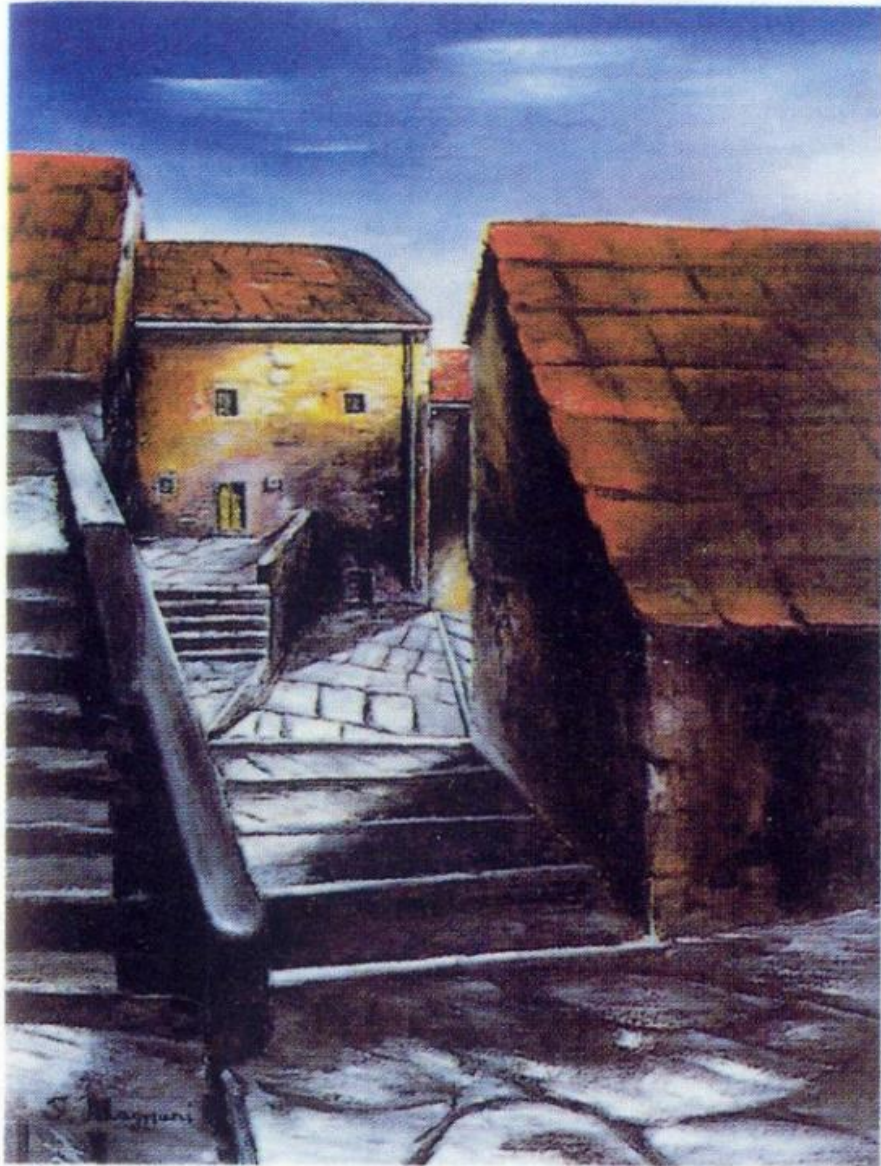
Trabaja en su garaje en el proyecto que le ha consumido durante veintinueve años, un proyecto que desarrolla con frenesí y que jamás puede concluirse ni completarse. También experimenta con otras formas de representación: maquetas en cartón, cintas de vídeo de sus cuadros (acompañadas de música), está fascinado por la idea de las simulaciones por ordenador desde la realidad virtual. Cuando Sacks le conoció él se anunciaba como «un artista de la memoria», dando a entender su afinidad con Proust «el poeta de la memoria», Proust también estaba obsesionado con el pasado olvidado, perdido y su búsqueda tenía como fin hallar una puerta que pudiera abrirlo; Franco realiza una inmensa e incluso infinita enumeración de sus aspectos exteriores, como si de alguna manera eso pudiera compensar el vacío humano que contienen.

Franco intuye que le quedan veinte, treinta años de trabajo por delante, pues los mil y pico cuadros que ha pintado desde 1970 sólo transmiten una parte de la realidad que él pretende representar. Tiene que hacer cuadros, o simulaciones, de todos los detalles, desde todas las perspectivas y proyecta la construcción de un museo con vistas al pueblo, que albergará un vasto archivo de Pontito, su Pontito: los miles de cuadros que ha pintado y los miles más que aún tiene intención de pintar. Será la culminación de la obra de su vida, y la redención de la promesa a su madre: «Lo reconstruiré.»

Oliver Sacks muestra como las capacidades del pintor Franco Magnani se materializan como un proyecto de vida que para él representa su trascendencia en la tierra, su razón, su forma de vivir y su siempre presente obsesión; a pesar de que existen explicaciones médicas, en el relato se evidencia como la normalidad de Franco se reorganizó a partir de lo que él considera su misión en el mundo, él crea su nueva normalidad y reconstruye su sentido de vida a partir del proyecto interminable de reconstruir a Pontito, a la vez que vive en un pasado que puede ver, oler, tocar y sentir; él vuelve a re-vivir su infancia innumerables veces, dentro de un proyecto de vida que para él representa su trascendencia en la tierra, su razón y su forma de vivir.

En este contexto, lo que desde lejos puede verse como una patología, en realidad representa una forma de vida que para Franco se convierte en motivadora, en lo que le da sentido a despertarse cada mañana, es más que una pasión, es una obsesión, y en este contexto le permitió convertirse en un pintor destacado y reconocido por muchos, que marco la historia de su región. Esto permite reflexionar en que Franco al igual que muchas otras personas tiene capacidades y formas de ser en el mundo diferentes a lo que se acepta ampliamente por la sociedad como “la normalidad”; y que en esta diversidad él puede desarrollarse plenamente como persona. Está bien que no todos los seres humanos respondan a un mismo molde, y estas variaciones del ser florecen en habilidades prodigiosas; él se alejó de las explicaciones médicas, y por consiguiente de los tratamientos médicos, que tal vez hubieran sido para él una tortura y un desprendimiento de esa forma natural de expresar sus sentimientos y de construir su ser en el mundo, y que inevitablemente nos hubieran privado de un artista muy destacado.

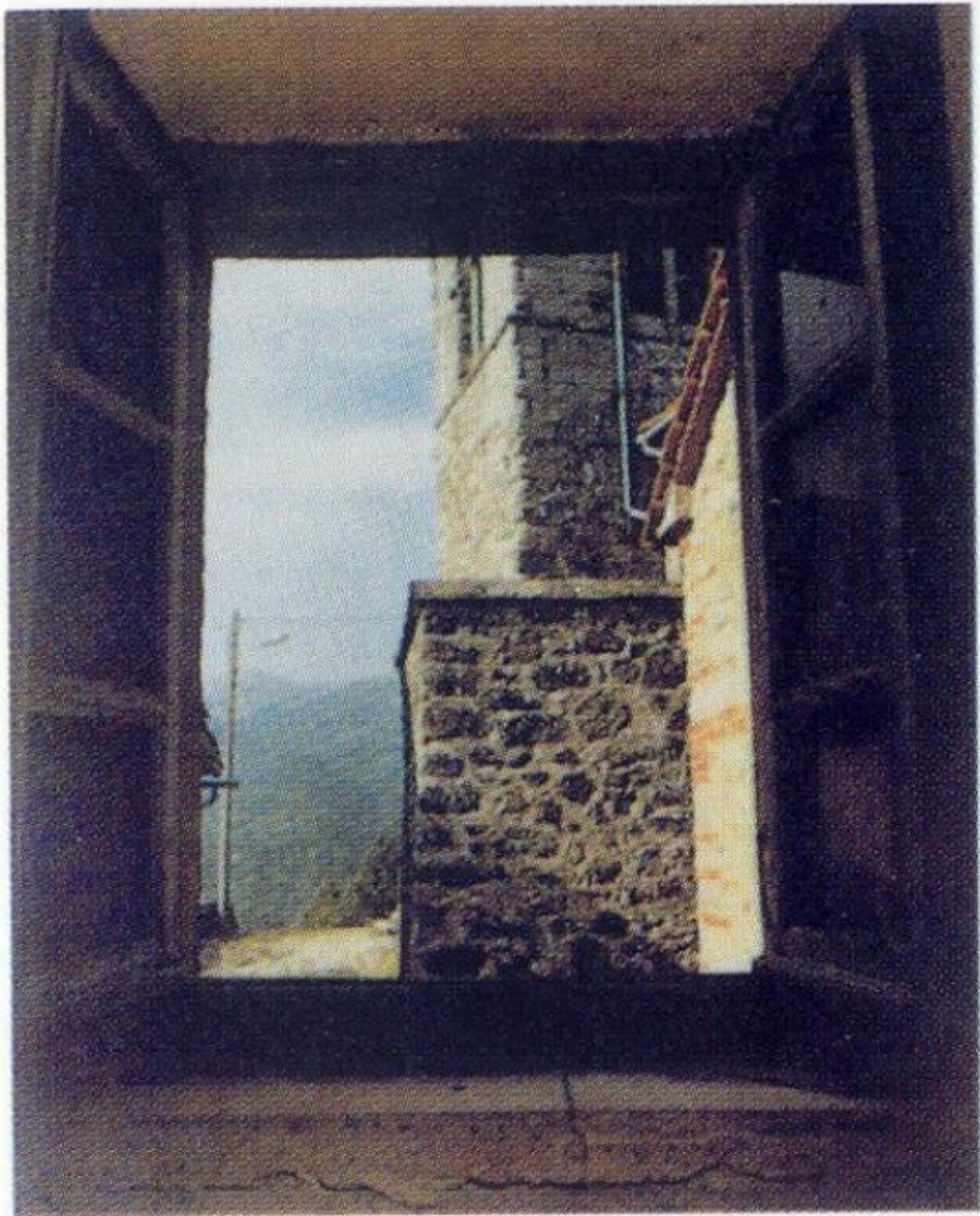
También capta mi atención como el ser humano cuando vive sufrimientos muy grandes busca muchos mecanismo de adaptación a sus nuevas situaciones vitales, para el caso de Franco la separación de su tierra y de los suyos lo lleva a desarrollar estas visiones vividas y obsesionarse con ellas, que de fondo lo que hacen es suplir su necesidad emocional tan grande, por medio de revivir esos momentos felices que vivió en su niñez y refugiarse en ellos, casi desprendiéndose del presente; esto es como si pudiéramos virtualmente crear, refugiarnos y vivir en un espacio recreado por nosotros mismo y que solo existe en nuestra cabeza, pero que para el caso de Franco, además el arte le permitía extrapolarlo desde sus pensamientos para compartirlo con otros por medio de sus cuadros; sorprende mucho como el cerebro responde a las necesidades emocionales sentidas del ser humano, pero más aún como esto se potencializan y se transforman en lo hermoso, en el arte.



Los primeros cuadros de Pontito pintados por Franco poco después de su enfermedad, en 1965. Este pertenece a la casa donde nació.



Aunque muy fiel, el cuadro de Franco, agranda la perspectiva y añade elementos que la foto no puede mostrar.



Visión desde la ventana de la habitación de Franco.



Dos de los cuadros apocalípticos o de «ciencia ficción» de Franco, que muestran Pontito «conservado durante toda la eternidad en el espacio infinito». Éste muestra lo que él veía desde la ventana de su dormitorio.